

Día de Santo Tomás, 28.01.2021
25 años – 40 años

SR. RECTOR MAGNÍFICO
EXCMO. Y RVDMO. SR. NUNCIO APOSTÓLICO
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES
PROFESORES, ALUMNOS, PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS
SEÑORAS Y SEÑORES

Del *allegretto grazioso* al *prestissimo al fuoco*

Mirando de reojo hacia atrás y de frente hacia delante, diría que en estos veinticinco años hemos pasado en muchos capítulos de la vida universitaria del *allegretto grazioso* al *prestissimo al fuoco*.

Cuentan que el gran perito del Concilio Vaticano II, el sabio jesuita Henri de Lubac (1896-1991), justificó una de sus grandes obras, cuatro tomos sobre la exégesis bíblica medieval¹, con dos motivos: los cambios de comunidad que decidían los superiores y una caja de zapatos. En la caja de zapatos iba acumulando las fichas de sus lecturas de los tomos de la patrología de Migne y de otras fuentes medievales. El libro sobre la exégesis medieval de Henri de Lubac sigue siendo hoy una referencia de primer nivel. Nadie estima que hoy en día haya alguien capaz de componer una obra semejante, mucho menos mejor o más completa, a pesar de las bases de datos disponibles.

Lejos de ese nivel, hacer la tesis a comienzos de los 90 con un procesador de textos de un ordenador supuso un salto cualitativo, en el que ya no era necesario reescribir cada capítulo entero tras las correcciones del director ni numerar a mano las notas. Las bases de datos, entonces incipientes, abrían nuevas posibilidades a la investigación.

Los compañeros que hoy se jubilan y los que cumplimos 25 años de servicio en la casa todavía entregamos algunos trabajos escritos a máquina, de los que se conservaba un ejemplar gracias al papel de calco o papel carbón. En los primeros años de docencia, el empleo del retroproyector, con las transparencias preparadas en casa, era un avance tecnológico puntero. Se nos instaba a publicar en las revistas y en la editorial de la casa, para dar a conocer el pensamiento que se generaba en Comillas y fortalecer las publicaciones propias antes que las ajenas. Cuando empezamos, no se manejaban términos que hoy forman parte de nuestra jerga habitual, como artículo JCR, Scopus, ANECA, guía docente o sexenio. El sistema operativo DOS reinaba fuera del entorno Mac. Con nuestra caja de zapatos más o menos llena, nos pusimos raudos a trabajar, con paso ligero, con un marchoso *allegretto grazioso*.

¹ Henri de Lubac, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture* 4 vols., Paris: Aubier, 1959-1964.

En estos años la revolución tecnológica ha cambiado el modo de hacer muchas cosas en el entorno universitario. Todas nuestras aulas cuentan con cañón para proyectar y en todo despacho hay un ordenador. Durante la pandemia, hemos dado masivamente el salto a los medios que permiten la enseñanza telemática, primero de sopetón, sin preparación y sin aviso, a partir de marzo 2020; luego, en este curso, con la «bimodalidad presencial» que nos caracteriza durante el presente curso. Esto nos ha obligado a los nostálgicos de las cajas de zapatos y rematadamente torpes tecnológicamente a una pirueta informática impensable hace apenas unos meses, convencidos de que peligraba nuestra capacidad de conectar con los alumnos.

Además, la enorme competencia en el mundo universitario ha propiciado un aumento acusado en la complejidad de la gestión de la universidad y de su actividad. Esto nos ha tocado de lleno a todos: en la gestión, en la docencia, en la investigación y a todos los servicios universitarios. Hemos tenido que acelerar el paso, del *allegretto grazioso*, del que estábamos tan satisfechos, a un *prestissimo*, agotador en ocasiones, para entrar en la evaluación de las competencias, los baremos de la ANECA, la implantación del sistema de calidad «audit», los sexenios de investigación y un largo etcétera. Y todo ello nos ha pillado ya con algunos de los circuitos cerebrales con tramos un pelín oxidados, por no hablar del colesterol, el azúcar, la tensión arterial o la próstata.

A la vista de la aceleración que se nos impone, si algo puedo compartir en voz alta con los compañeros de trabajo en la casa y con los alumnos es que no nos dejemos engatusar por la sofisticación tecnológica ni por la complejidad universitaria, a pesar de no ignorar ninguna de las dos. Lo esencial en nuestra vida no lo decide la maestría con la que sepamos manejar el último modelo de teléfono inteligente.

La vida universitaria, en toda su amplitud, tiene sentido pleno, porque, como ya dijera en 1556 Pedro de Ribadeniera en una carta a Felipe II por comisión de san Ignacio: «todo el bien de la cristiandad y de todo el mundo depende de la buena institución de la juventud»². Así pues, ya sea con caja de zapatos, con transparencias y retroproyector, con «Teams» o con el «Blackboard colaborate» lo mejor de nuestro esfuerzo y las alegrías más grandes residen en haber contribuido positivamente a la formación de muchas generaciones de jóvenes.

Esta formación cuaja cuando la seriedad en los saberes se adorna con un trato humano, del que se desprenden valores que dan norte y esqueleto a la persona. La universidad es una institución esencialmente intergeneracional. Un lugar de aprendizaje permanente para todos sus miembros, pero sobre todo del cultivo de un modo sabio de manejarse en las disciplinas especializadas y posicionarse ante los asuntos humanos más decisivos, como los que cultivamos en Comillas: los misterios de la conducta humana, los hilos de la comunicación,

² Pedro de Ribadeneira, *Carta al rey Felipe II* (14 de febrero de 1556), en *Monumenta Ignatiana*, serie I, vol. 10, 704-709. Citado por José Alberto Mesa, *La pedagogía ignaciana*, Bilbao: Mensajero, 2019, 111, § 2.

los mimbres de la convivencia social, el valor de la aportación de la tecnología a una vida más amable, el respeto en el cuidado de los vulnerables, el fino sentido de la justicia más allá de la ley, el valor limitado de los bienes tangibles y el valor supremo de los bienes intangibles, la anchura de caminar en amistad con Dios.

Los que cumplimos veinticinco años de servicio o nos jubilamos tenemos la suerte de ejercer una profesión muy vocacional y enormemente enriquecedora en todos los sentidos. En una carta de 1551, Juan de Polanco, que fuera secretario de la Compañía, escribió al P. Antonio de Araoz, sobrino de san Ignacio y primer Provincial de España, una carta en la que razona los beneficios de los colegios. Allí dice: «Primeramente los que leyn se ayudan y aprenden mucho enseñando á los otros, y quedan más resolutos de lo que saben»³. Tenemos la suerte de que el trabajo universitario construye a los universitarios, en el dominio de una disciplina y en el crecimiento como persona cabal. Que el tempo *prestissimo con fuoco* que ya se asoma a la puerta, no nos despiste de que lo esencial de nuestra vocación universitaria otros lo bordaron usando como herramienta tecnológica avanzada una caja de zapatos.

Muchas gracias

Gabino Uríbarri Bilbao, SJ

³ Juan de Polanco, *Carta al P. Antonio Araoz* (1 de diciembre de 1551), en *Monumenta Ignatiana*, serie I, vol. 4, 7-9. Citado por Mesa, *La pedagogía ignaciana*, 107, § 2.